

Los poetas portugueses, cronistas de la Jornada de Felipe III a Portugal

JOSÉ ARES MONTES

Pretexto histórico

Mal sabían los portugueses, al abandonar Lisboa, en 1583, Felipe II de España, I de Portugal, que no volverían a recibir la visita de otro rey hasta 1619, cuando Felipe III, II de Portugal, decidió, ya demasiado tarde, recorrer sus dominios lusitanos.

El cronista mayor, João Baptista Lavanha, encarece, al comienzo de su minuciosa y fiel relación del viaje del Rey a Portugal¹, la necesidad de que los reyes visiten personalmente sus reinos para conocer a sus súbditos y subvenir a sus necesidades, sin fiarse de terceras personas, y pone como ejemplo a Felipe II, quien residió dos años en su recién adquirido reino.

Felipe III, tal vez alarmado por las noticias que llegaban de Portugal, agraviado, entre otras cosas, por el olvido en que lo tenía el Rey², decidió visitarlo, pese a la oposición de parte de sus consejeros, para satisfacer a aquellos fieles súbditos y, además, hacer jurar en Cortes a su heredero³.

Acompañado, pues, por los Príncipes Felipe e Isabel, su joven esposa, la Infanta Maria y un copioso séquito de nobles, entre los que destacaba el

1. *Viage / de la Cathólica Real / Magestad / del Rei D. Filipe III / N.S. / al Reino de Portugal / I relación del solene / recebimiento que en / él se hizo. / Su Magestad / la mandó escribir / por Joan / Baptista Lavaña / su coronista mayor. / Madrid. / Por Thomas Iunti Impresor del Rei N. S. / M.DC.XXII. 3 h. s.n.+76 fols. y 14 grabados de Schorquens.*

A la vez, también en Madrid y por el mismo impresor, salió una edición en portugués.

2. Hablando de los afanes de los príncipes por sus súbditos y de la obediencia de éstos hacia su rey, Matías de Novoa meditaba años más tarde sobre el malestar de los portugueses por la ausencia del Monarca, que aún no había puesto los pies en Lisboa, «la más importante plaza de todos sus reinos [...], escala de todas las riquezas del Oriente y de otras muchas ricas y opulentas naciones». *Memorias* [...] conocidas hasta ahora bajo el título de «Historia de Felipe III», por Bernabé de Vivanço, en *Col. de documentos inéditos para la historia de España*, LX-LXI; la cita en LXI, pág. 193.

En la transcripción de los textos me limito a normalizar el uso de mayúsculas y puntuación y a deshacer abreviaturas.

3. El Rey pensaba celebrarlas en Tomar, como su padre, pero a causa del mal estado de los caminos las celebró en Lisboa.

valido, Duque de Uceda, Felipe III, que había salido de Madrid el 22 de abril de 1619, hizo su solemne entrada en Elvas el 10 de mayo. Allí es acatado por el Duque de Braganza, D. Teodósio, y su hijo D. João, Duque de Barcelos, el que se sublevará en 1640 contra el dominio español. A partir de aquí y hasta la apoteosis lisbonense, le esperaban durante todo el viaje y en todos los lugares, arcos triunfales, luminarias, toros, danzas y máscaras⁴. En Evora le prepararon también un espectáculo al que era aficionado el Monarca: un auto de fe con la quema de cuatro hombres y ocho mujeres⁵.

Todo fue un alarde de pompa barroca y arrogancia portuguesa para deslumbrar a la arrogancia castellana. El recibimiento contrastaba con el hecho a Felipe II 39 años antes. Claro está que entonces sangraban todavía las heridas de la guerra de anexión. Aun así se hicieron grandes dispendios⁶. Tampoco tuvo la resonancia poética de que gozó el viaje de su hijo, quizá porque eran escasos los poetas portugueses vivos y presentes en aquel momento⁷. En cambio, en la jornada de 1619, a pesar del anticastellanismo del pueblo, alentado siempre por los más descontentos, se habían puesto muchas esperanzas, lo cual explicaría el derroche del recibimiento y el entusiasmo de los poetas.

Felipe III aparecía a los ojos de aquellos súbditos como una especie de taumaturgo capaz de resolver todos los problemas y colmar todas sus esperanzas, incluida la aspiración de hacer de Lisboa la capital de la monarquía dual. En los emblemas y geroglíficos de los arcos levantados en honor del Rey, se insistía en la exaltación del pasado histórico portugués, tan glorioso como pudiera ser el español, proponiéndose la integración de los reinos en un imperio universal. Felipe III era la síntesis de todas las vir-

4. Felipe III siguió, poco más o menos, el mismo itinerario que su padre, pero en sentido inverso: de Elvas a Lisboa, por Estremoz, Evora, Montemor o Novo, Coima y Almada, y de Lisboa a Badajoz por Tomar y Campo Maior.

5. Matias de Novoa, *loc. cit.*, pág. 203.

6. Luis de Torres de Lima dice que Felipe II entró en Lisboa «com a mayor grandeza e aparato que se tinha visto de muitos tempos atrás, sendo muito de espantar, com o Reyno estar tão consumido de pestes, guerras e outros males», *Compendio das mais notáveis cousas que no Reyno de Portugal aconteceram desde a perda del-Rey D. Sebastiam até o anno de 1627*. Lisboa, 1630; cito por la ed. de Lisboa de 1722, I, pág. 275.

Antes, Afonso, Guerreiro, testigo del acontecimiento, había ponderado la magnificencia de los arcos y festejos, *Das festas que se fizeram na entrada del Rey D. Philippe primeiro de Portugal*. Lisboa, 1581. Sin embargo, otro testigo observa que el palio bajo el cual entra el Rey «era harto menos rico [...] de lo que a ciudad de tanto zumbido parece convenia», que las calles no estaban ricamente aderezadas y que los bailarines que precedían al Rey no iban ricamente vestidos, «Relación de la entrada que hizo S. M. en Lisboa el día de Sant Pedro, que se contaron 29 de junio de 1581», en *Col. de documentos etc.*, XL, 1862, págs. 408-409.

tudes de sus antecesores: clemente, generoso, virtuoso, justo, prudente, liberal y piadoso.

La fidalguía portuguesa, arrogante y vanidosa, se había propuesto asombrar al Rey y a sus acompañantes, desplegando un lujo y ostentación muchas veces superior a sus posibilidades económicas. Los poetas que cantaron el viaje no se olvidaron de destacar este fausto.

Un coetáneo, Pero Roiz Soares, al que hay que consultar con cautela por su extremada inquina hacia los castellanos, dice al respecto, «que para a vinda del Rey a este reyno sempenhãrão e endevidãrão e vendẽrão muitas fazendas os fidalgos e os nobres para fazerem muitas e muito ricas librês para os criados e vestidos para elles e cavalos que fôrão e mandãrão buscar por todo o reino e a Castella, chegando os cavalos a valer trezentos, quatrocentos mil réis, de maneira que em tanto custo se metẽrão, que ficãrão empenhados e destruidos para todas suas vidas, e assim como el Rey se foi deste reyno, se fôrão todos cada hum para suas quintas, cazais e parte donde estivessem, con hum soo criado, apoupano para se desendividarem, e os castelhanos se admirãvãõ de tam grandes custos de librês e vestidos. E elles vnhãõ com vestidos chaõs e sem nenhum custo»⁸.

Todavía en 1636, Baltasar Porreño se pasmaba ante aquel alarde: «Aguardaba en el muelle a Su Magestad toda la nobleza de Portugal, con muy ricas galas, adornadas con joyas de tan inestimable precio, que no vio la India tantas perlas, rubies y diamantes juntos como los que sacaron los portugueses, sus vassallos, conquistadores del Oriente, en esta feliz entrada suya»⁹. Y Matias de Novoa se maravilla del recibimiento, asegurando que «ningún triunfo de cuantos encarecen las historias antiguas y modernas pueden competir ni igualarse con éste, ni jamás rey se vio así recibido de sus vasallos como éste»¹⁰.

Felipe III entró en Lisboa el mismo día de San Pedro en que lo había hecho su padre en 1581. Allí le esperaban, además de las aclamaciones del pueblo, comisiones de todo tipo, monumentos alegóricos y arcos triunfales, admirándose tanto, que al día siguiente los recorrió de nuevo antes de que los demoliesen. Los balcones estaban llenos de bellas mujeres que arrojaban perfumes sobre la comitiva. Jacinto de Aguilar y Prado encomia

7. Recuerdo un romance noticioso de André Falcão de Resende «sobre la entrada del Rey Felipe II en Lisboa en 1581», publicado por Domingo García Peres, *Catálogo [...] de los autores portugueses que escribieron en castellano*, Madrid, 1890, págs. 174-179.

8. *Memorial de Pero Roiz Soares*. Leitura e revisão de Manuel Lopes de Almeida. I, Coimbra, 1953, pág. 422.

9. *Dichos y hechos de el Señor Rey D. Phelippe III, el Bueno, potentíssimo y glorioso Monarca de las Españas y de las Indias, dirigidas al Rey Don Felipe IV, su hijo, en Memorias para la historia de Don Felipe III [...] recogidas por D. Juan Yáñez*, Madrid, 1723, págs. 321-322.

10. *Loc. cit.*, pág. 218.

su belleza, aunque con cierta restricción¹¹. Otro español, también presente, se asombra ante tanto gentío —«Al sobervio mar imitan/las olas de gente inquieta»— y describe en verso y prosa las ceremonias y fiestas en honor de la familia real¹².

Destaca, entre estas fiestas, el fastuoso y abrumador espectáculo teatral —¡trescientos cincuenta personajes en escena y dos días de duración!— que los jesuitas ofrecieron en latín al Monarca: *Real Tragicomedia del Descubrimiento y conquista del Oriente por su felicísimo Rey [...] D. Manuel*, del P. António de Sousa¹³.

Contexto poético

Pero mi intención no es seguir los pasos de los cronistas del viaje, cuya nómina, quizá incompleta, puede verse en el conocido libro de Jenaro Alenda¹⁴, ni tampoco detenerme en describir y descifrar arcos triunfales¹⁵.

11. «El ventanaje y damas, no sé como lo pinte —dice—, porque era tanto y tan bueno, que a sus balcones el Aurora pudiera tener a tanta hermosura embidia; no alabo la gala, el donayre y trage de las desta ciudad, porque lo de Castilla no me da lugar, si ya el amor de la patria no me engaña; pero, finalmente, las que son hermosas aparte, el dios de amor es poco poderoso en este reyno para los que saben del de Castilla», *Certíssima / Relación de la / entrada que hizo Su / Magestad y Sus Altezas en Lisboa, y de la Jornada / que hizieron las galeras de España y de Portugal, / desde el Puerto de Santa Maria hasta la fa-/ mosa ciudad de Lisboa. [...] Impresso en Lisboa, por Pedro Craesbeeck. / Año de M.DC.XIX, 3. h.s.n.+20 fols.*

12. Francisco de Arce, *Fiestas Reales de / Lisboa, desde que el Rey Nuestro / Señor entró hasta que salió [...] Impresso em Lisboa / con (sic) todas as Licenças necessárias, por Jorge Rodrigues, neste Anno de 619, 26 h.s.n.*

13. Juan Sardinha Mimoso, *Relación / de la Real / Tragicomedia / con que los Padres de la Compañía de Jesús / en su Colegio de S. Antón de Lisboa recibie-/ ron a la Magestad Católica de Felipe II / de Portugal y de su entrada en este reino, con lo que se hizo en las villas y ciudades en / que entró [...] Año 1620. Con Privilegio. Impresso en Lisboa por Jorge Rodriguez. 10 h.s.n. + 163 fols. + 1 h.*

Según Barbosa Machado, *Bibliotheca Lusitana*, IV, s.v., Violante da Silveira, luego Sórora Violante do Céu, compuso la *Comedia de Santa Engracia*, hoy desconocida, que se representó ante Felipe III.

14. *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas en España*, I, Madrid, 1903, nn. 693-724.

15. Véanse para esto, además del fundamental libro de Lavanha: Ewald M. Vetter, «Der Einzug Philipps III in Lissabon, 1619», en *Spanische Forschungen der Görresgesellschaft*, XIX, Münster, 1962, págs. 187-263; George Kubler, «The Joyeuse Entrée at Lisbon in 1619», en *Portuguese plain architecture between spices and diamonds 1521-1706*, Connecticut, 1972, págs. 127 y ss.; F. J. Pizarro Gómez, «Emblemas y jeroglíficos en la entrada triunfal de Felipe III en Lisboa», en *Norba Arte*, V, 1984, págs. 153-178, y Fernando Moreno Cuadro, «Exaltación imperial de Felipe III en las decoraciones efímeras portuguesas de 1619», en Anexo de *Traza y Baza*, n.º 10, Valencia, 1985.

Mi interés se cifra en las repercusiones del viaje en los poetas portugueses de aquel momento¹⁶, que fueron también, aunque en otro estilo, cronistas de la jornada. Estos poetas, todos castellanizantes, son: Elói de Sá Soto Maior, Francisco de Matos, Francisco de Sá de Matos¹⁷, Vasco Mousinho de Quevedo, Gregorio de S. Martín, Francisco Rodrigues Lobo y Jacinto Cordeiro.

Excepto Soto Maior, perdido en una desdichada canción en eco, y Cordeiro, que prefirió la comedia, el resto eligió la octava real o el romance. Hay que aclarar que entre estos productos poéticos, monótonos por repetidos, no existe ni una sola obra de primera categoría; todo lo más, ejemplos de habilidad en la versificación, dominio del castellano, pese a algún lusismo, achacable a veces al impresor y, de vez en cuando, un fragmento brillante. Lo que sí hay es oportunismo y fervor ante el poder constituido, lo que no impedirá, al volverse las tornas, allá por 1640, acatar e incensar del mismo modo al triunfador João IV y a sus aliados franceses, como hicieron Jacinto Cordeiro y Gregorio de S. Martín. Debo señalar también que todos estos poetas, al mismo tiempo que expresan su acatamiento a Felipe III y exaltan sus virtudes, no pierden ocasión de enaltecer las glorias y excelencias de Portugal y de afirmar su entidad histórica, sin que, por el momento, se vea en esto ningún indicio independentista.

La canción heroica con que Elói de Sá Soto Maior celebró la presencia de Felipe III en Portugal¹⁸ está compuesta de siete estancias de 12 versos endecasílabos y heptasílabos y envío. Su mayor aliciente es el esfuerzo de utilizar el sistema de rimas redobladas o reflejas. Pero el resultado artístico es nulo. Sirva de ejemplo la primera estrofa, donde el poeta se congratula de que, al fin, el Rey se haya decidido a visitar el reino lusitano:

Si al fin venistes qual llamado	<i>amado</i>
de Clycie el Sol, si desasido	<i>asido</i>
de amor, sus glorias a esta ciudad	<i>dad:</i>
entrad por ella reposado	<i>osado,</i>
que os da su pecho entretenido	<i>nido,</i>
centro es de Vuestra Magestad	<i>estad.</i>

16. Es posible que existan, o hayan existido, otras obras que no he encontrado, como la comedia de Manuel de Galhegos, *Entrada de Felipe en Portugal*, citada por Barbosa Machado, *Bibliotheca*, III, s.v., si no se trata de la misma comedia de Jacinto Cordeiro que citaré más adelante.

17. Identificar como uno a estos dos autores y hacer una de las dos obras que publicaron, como hace Moreno Cuadro, *loc. cit.* en nota 15, nota 1, pág. 59, es además de aventurado en lo que toca a las personas, erróneo en lo que se refiere a los libros.

18. *A la / felicíssima / entrada de Su Ma- / gestad en esta Ciudad de / Lisboa. / Por el Licenciado [...] Vezino y natural desta Ciudad de Lisboa [escudo]. En Lisboa, con todas las licencias necessarias. Impresso por Pedro Crasbeeck (sic.) Año 1619. Véndese en casa de Martin Parra a la Misericordia.*

Después se pierde en elogios de Lisboa, «ciudad de todas triunfadora¹⁹, alude al oro del Tajo, menciona sus ninfas y sueña —todos sueñan— con una nueva guerra contra los infieles.

No he podido ver el folleto de Francisco de Matos²⁰. Según Alenda, *Relaciones*, n.º 714, se compone de tres romances consagrados principalmente a la enumeración de los arcos; por los ejemplos que da, parece tratarse de una contribución sin valor poético.

Otra cosa es el poema de Vasco Mousinho de Quevedo²¹. Este poeta ya había ensayado el género narrativo en dos poemas de valor desigual, escritos en portugués²². En ellos se encuentran, junto a la huella de Camões, muchos de los recursos que utilizará con más brillantez en el *Triumpho*.

Este poema, compuesto de seis cantos con un total de 384 octavas reales, pretendía, según el autor en el prólogo «Al lector», retratar las máqui-

19. No sólo portugueses se maravillaban de la grandiosidad de Lisboa, también los españoles eran unánimes en ponderar su riqueza y primacía sobre todas las demás ciudades del orbe. Pueden espigarse ejemplos en los libros de Francisco de Arce y de Jacinto de Aguilar. También Matías de Novoa reconoce, *loc. cit.*, pág. 206, que «no se ve otra ciudad en el orbe más excelente, competidora por su grandeza, antigüedad, riqueza y majestad de edificios, con aquélla que un tiempo fue señora de las gentes, siéndolo ésta de todas las del Oriente». Baltasar Porreño, *ob. cit.*, pág. 243, le llama «Plaza universal del orbe, por su perpetua primavera, grandeza de sus edificios, capacidad y seguridad de su puerto, riqueza de sus ciudadanos, frecuencia de varias naciones, felicidad por los descubrimientos, conquistas y triunfos de grandes provincias, por el culto de la sagrada religión y otras cosas que la hacen ser un mundo abreviado». Y otro cronista del siglo XVII, Gil González Dávila, se entusiasma ante ciudad «tan famosa, que no hay nación en el mundo que no tenga noticia de su grandeza, por comunicarse con ella las riquezas y gentes de ambas Indias y las que produce Europa, Africa y Asia. Sirvenla con sus regalos y frutos de Italia, Flandes, Inglaterra y Francia, y de todas ellas tiene muchos moradores, que convidados de la dulzura de su temple, olvidando las moradas de su naturaleza, se hicieron vecinos de ella [...]. Toda ella está rodeada de sierras y de jardines que la ofrecen cada hora millares de regalos». *Monarquía de España. Historia de la vida y hechos del inclito Monarca, amado y santo D. Felipe Tercero [...]* Poblícala Don Bartolomé Ulloa, Madrid, 1771, pág. 232, col. A.

20. *Obra curiosa y verdadera en que se refiere la solenísima entrada que su Magestad el Rey nuestro Señor hizo en la ciudad de Lisboa, cabeça de Portugal y de los reynos de aquella monarquía, y del triumpho y aparato grande con que le recibieron*. Compuestos por Francisco de Matos. Impresa con licencia de la Santa Inquisición. En Braga por Alonso Martín, Año de 1619. 4 h. s.n.

21. *Triumpho / del Monarcha / Philippo Tercero en / la felicissima entrada / de Lisboa. / Dirigida al Presidente Juan / Furtado de Mendonça y Senado de / la Cámara. / Autor [...] / Año [escudo de Portugal] 1619. / Impreso en Lisboa / Con todas las Licencias necessarias / por Jorge Rodrigues. 4 h. s.n. +66 fols.*

22. *Discurso sobre a vida e morte de Santa Isabel Rainha de Portugal. 1596. y Affonso Africano. 1611.*

nas y arcos con que Lisboa recibió a su Monarca, pero enterado de que el cronista Lavanha tenía encomendada esa empresa, se atreve sólo a ofrecer su obra «para que sirva de alba de su sol y sea estímulo al desseo y motivo de la esperanza».

Respetuoso con las normas del género épico, Mousinho expone en la proposición el objeto de su poema:

Canto la gloria del hermoso día
que amanece a la tierra lusitana,
quando el Monarcha, como sol, le embia
rayos de su presencia soberana.

(fol. 1r.)

La invocación está dirigida «a la fuente famosa del Pegaso» y la dedicatoria a Felipe III, a quien llama «única esperanza de lusitanos», «columna firme», «embidia del Macedonio», etc.

La épica renacentista está llena de visiones alegóricas y fantasías oníricas: sin salir de Portugal, Mousinho tenía numerosos ejemplos de sueños premonitores en *Os Lusíadas*, en el *Segundo Cerco de Diu* y en el *Naufregio de Sepúlveda*, de Jerónimo de Corte Real, en la *Elegiada*, de Luis Pereira Brandão y en *O Condestabre*, de Francisco Rodrigues Lobo o en el *Affonso Africano*, del propio Mousinho.

La noche es propicia para estas fantasías, como dice nuestro poeta al comienzo del *Triumpho*:

Alta noche con su negro manto
assombrava la máchina del mundo,
aunque el horror y tenebroso espanto
tiempla del cielo el scyntilar jocundo.
Las gentes mudas y la fiera en tanto
yacen en sueño plácido y profundo,
quando la imaginada fantasía
un milagro de cosas me offrecia.

(fol. 2v.)

Desde «el empýreo asiento cristalino», la mirada del Padre Eterno recorre todo el haz de la tierra, deteniéndose en el reino luso, donde aparecen las sombras de Afonso Henriques y de D. Sebastião, primero y último rey portugués. Aquél pide al excelso espíritu amor y piedad para Portugal, y Dios le promete reflejar su presencia divina en Felipe III, quien engrandecerá de nuevo aquel reino. Y envía un ángel a la tierra para anunciar la grata nueva al Rey, meditabundo en su palacio madrileño.

Es una meditación discreta, con ecos bíblicos, sobre la prudencia, el arte de gobernar y la buena elección de ministros. Y he aquí que aparece el ángel del Señor:

Las ropas de color de pura nieve,
 por las espaldas áureo crin ondea,
 y porque más veloz el curso lleve,
 de alas de cielo y púrpura se arrea.
 Ambrossia y néctar de la boca llueve,
 el ayre con suave abril recrea,
 con esta boz el corazón le enciende,
 y aunque no se oye, el corazón le entiende.
 (fol. 10 v.)

Y tras un desmedido elogio para tan corto rey, el «donzel bello» le dice a Felipe que, al igual que el sol visita e ilumina todas las tierras y lugares, así él debe visitar el reino lusitano, cuyos habitantes lloran su ausencia:

Tiempo es ya que se vuelva en dulce canto
 su tristeza, en plazer sus gemidos,
 ácabese el imbierno al lusitano,
 con tu presencia empiece su verano.

Felipe vuelve en sí, preguntándose «si no fue visión, si fantasía o sueño,/si pensamiento de su propio dueño»:

Ya de Portugal el triste estado
 al más íntimo llega de su pecho,
 ya se tiene y condena por culpado,
 aunque por causas es sin culpa el hecho.
 (fol. 12 r.)

En el canto II, Mousinho saca a escena a Fr. Luis de Aliaga, confesor del Rey, quien le cuenta perplejo su visión: «Formado estoy un campo de batalla,/ soy el vencido y soy el que avassalla». Con retórica cortesana, Aliaga le aconseja ir a Portugal: «Hazed al reino triste venturoso/con la vista que ha tanto dél se alexa». Felipe siente como si el sol, iluminándolo de repente, lo hubiese arrancado de la sombra: ¡irá a Portugal! La noticia se difunde por la corte, llega en alas de la mismísima Fama al reino lusitano, que despierta del sueño de su aflicción. Nace una «felicísima esperança», «un nuevo siglo sale del thesoro/de aquella edad a que llamamos de oro»:

Verás, ciudad famosa y pueblo claro,
 por grandeza mayor de tu grandeza,
 aquel Monarcha, exemplo único y raro
 de quanto pudo dar naturaleza.
 Terror a la insolencia, firme amparo
 a la aflicción, asylo a la pobreza...
 (fol. 17 r.)

Pero un monstruo venenoso, la Envidia en figura de falso consejero, intenta disuadir al Rey de su propósito: le acecharán mil peligros, Portugal es «una tierra extraña/de quien satisfacción no tiene España». Sin embargo, nada hará desistir al Rey, a quien vemos, en el canto III, instalado ya en tierra portuguesa. Desde Almada, Felipe contempla a Lisboa, resplandeciente de luces. El poeta saca a relucir el catálogo de los dioses de la gentilidad, se remonta a la historia antigua, elogia a D. Diego de Silva, Virrey de Portugal, y desgrana 30 octavas cantando las excelencias de la ciudad de Lisboa.

Mientras que otros poetas reservan la descripción de los arcos al momento de la entrada del Rey, Mousinho la introduce en los cantos IV y V, mediante un previo recorrido al de Felipe III, que hacen las autoridades de la ciudad para ver y aprobar la instalación de las máquinas. Un asistente les explica el significado de las estatuas y alegorías, dando ocasión para exaltar las gestas de los héroes lusitanos en África y Asia, las grandezas de las ciudades portuguesas y las virtudes de los reyes de Portugal, desde Afonso Henriques a Felipe I:

Ya se muestra Philippo, a quien guardado
como único heredero Dios tenía
para consuelo al reyno desdichado,
desgracia hermosa que bien tanto embía²³.
Ser al mundo en prudencia señalado
baste a lo mucho que dizir podía,
que el arte por un dedo que affigura,
del cuerpo señaló la compostura.

(V.70)

Con el canto VI llega el ventuoso día de la entrada del Rey en Lisboa. El poeta se regocija, recuerda los fueros otorgados por Felipe II y espera que ahora Portugal

... tendrá la segurança
que para sus antiguos fueros pide
y, sin alteración y sin mudança,
de los firmados pactos no se olvide
el Monarcha, que son de un Rey prudente
pactos firmados a su amada gente.

(fol. 57 r.)

El resto del canto es una colorida descripción de la fastuosa travesía marítima del Rey y su cortejo, desde Belém a Lisboa, que maravilló a todos. Hasta Neptuno, curioso por saber qué ocurre en la superficie de sus dominios, envía allá a su hijo Tritón. Es un curioso pasaje, aunque chapu-

23. Alusión a la pérdida de D. Sebastião.

cero, donde se mezcla la influencia de *Os Lustadas*, VI, 16-19, con la de la Egloga III de Garcilaso, vv. 70-86:

Texida la ropa al cuerpo, aunque no todo,
de juncos verdes con libertad tiende,
que del cuello a los brazos hasta el codo
y los hinojos, única descende.

Un sonoro cristal de estraño modo
de un hilo de coral asido pende,
los pies de conchas varias adereça
y de una tortuga la cabeça.

Las ondas rompe con ligera mano,
y descubriendo al ayre la cabeça,
los ojos puso en el cerúleo llano
del Helesponto, que a mirar empieça.
Espacio reconoce aquel loçano
apparato y los remos adereça,
las plantas dando al ayre, y de improviso,
somorgujóse a dar al padre aviso.

(fol. 58 v.)

A continuación, Neptuno —de nuevo *Os Lustadas*, II, aunque allí la convocatoria la hace Venus para auxiliar a Vasco da Gama— convoca a las deidades marinas y les dice, «pues honra vuestros mares la persona/ que honra en el mundo a la mayor corona»,

Salid, hermosas nymphas, y aunque bellas
en todo tiempo, más en éste hermosas,
abive nueva lumbre las estrellas
y las mexillas otra nieve y rosas.
Y vos, ó semidioses, id con ellas
para que vayan menos temerosas,
y al del gran Monarcha pino cierto,
con los demás encaminad al puerto.

(fol. 59 v.)

Y allá van, mezclados con las ninfas, Nereo, Glauco, Palemo, Proteo y Tetis, Doris, Celianasa, Yamira y otras deidades, empujando la nave del Rey:

Quien moverse la flota contemplava
sin artificio alguno, remo o vela.
algún secreto occulto imaginava
que no alcança por más que se desvela.
Favonio blando la calor templava
tan dulcemente que los aires yela,

y las sabeas nubes reboviendo,
ya las abaxa, ya las va subiendo.

(fol. 61 r.)

Las hijas de Aqueloo entonan un canto de alabanza; montado en un delfín, Proteo vaticina a Felipe futuras empresas victoriosas: sus primicias serán Larache y Mamora. La nave real está ya cerca del desembarcadero; el séquito de las deidades marinas se sume de nuevo en las honduras azules.

Pero hay que pensar también en la familia real, y Mousinho asperja con una lluvia de cortesés apelativos al futuro Felipe IV, «Príncipe insigne que en edad tan tierna/ya parece que rige y que gobierna», y le llama Hylas hermoso, Narciso, Hiacinto, Ganimedes bello. Tampoco quedan sin elogios la Princesa Isabel, «flor de Francia de singular belleza», y la Infanta María, «huérfana perla sin igual riqueza».

Felipe III avanza, lento, sobre un «brioso cavallo», en medio de mil aclamaciones, igual «al famoso Alexandro», no avasallando, sí rindiendo corazones y voluntades.

Mousinho compara el laberinto de calles que recorre la comitiva a «una hermosa sierpe» con dos cabezas, que son las puertas de la ciudad: la de hierro, por donde entra el Rey; la de oro, por donde sale. Es una serpiente con miles de ojos, porque de ella forma parte la multitud que vitorea a Felipe. Cuando éste abandona la catedral, donde se ha celebrado un acto religioso, cae la tarde:

Los horizontes hazia el occidente
bordava el sol en nube de oro embuelto,
y a la parte oriental dexaba absente
confuso velo por los ayres suelto.

(fol. 66 r.)

El Monarca se retira a palacio, dejando a las almas «en soledades y amorosa queixa», con lo que da fin el poema.

Otro «triumfo» es el de Francisco de Matos de Sá²⁴, quien, como tantos autores portugueses de aquel tiempo, intenta justificar en la Dedicatoria su preferencia por el castellano a causa de la mejor difusión de su poema: «que por esta razão o escreví em romance castelhano, por ser mais fácil

24. *Entrada / y Triumpho / que la ciudad / de Lisboa hizo a la C. R. M. / del Rey D. Philippe Tercero/ de las Españas y Segundo de Portugal. / Con la explicación de los Arcos / Triumphales que se levantaron a su / felicíssima Entrada. / Dirigido al Illustríssimo / Señor D. Alfonso de Lencastre Comendador / mayor de Portugal &c. / Autor [...] / Año [escudo de Portugal] 1620. / Impressa en Lisboa con todas las licencias necessarias / por Jorge Rodriguez. 4 h. s.n. + 26 fols.*

de entenderse que a nossa língua portuguesa. Para que se divulgasse por toda Espanha e fosse notório e manifesto às províncias mais remotas de nossa Europa»²⁵

A la *Entrada y Triumpho*, formado por 168 octavas reales, precede un «Introito a la llegada de Su Magestad a la villa de Almada», que es una canción de nueve estrofas; el autor pide en ella vehemente que Lusitania, Lisboa, las ninfas del Tajo y su propia musa, se preparen para recibir al Rey. Sigue una invocación triple: a Dios y a la Virgen; a las citadas ninfas y a Lisboa, princesa de las ciudades de España y la mejor del mundo. En la proposición anuncia que se limitará a cantar las fiestas con que se conmemoró la entrada del Rey. Cuando llega ese venturoso día, Sá toma aliento y pide la ayuda de las Musas y de Homero. Se extasía ante el despliegue de embarcaciones aprestadas para acompañar a Felipe III en el corto trayecto, que va a resultar largo —tres horas— desde Belém a Lisboa:

¿Quién bastara a contar los galeones,
el número grandioso de galeras,
la variedad de mil embarcaciones
con flámulas gallardas y vanderas,
la multitud copiosa de naciones,
vestidos de mil modos y maneras,
franceses, italianos, zelandeses,
flamencos, alemanes y olandeses?

.....
Las nimphas de sus sitios crystalinos
a coros cantan con notable gusto
canciones y motetes peregrinos,
que faltar en tal caso no era justo.

(fol. 7 r.-v.)

Durante el trayecto, el Rey y sus acompañantes se admiran, como ya sabemos, con los artificios preparados para su deleite: barcos transformados en langostas, delfines y tritones, moviéndose sin que se viese quien los manipulaba.

Es el día de San Pedro, a quien Dios entregó las llaves del ciclo; Lisboa, que parece un nuevo paraíso, entregará las suyas a Felipe. La comi-

25. Algunos, más sinceros, se atrevieron a declarar que preferían el castellano por su mayor riqueza y elegancia (Vid. Eugenio Asensio, «España en la épica filipina», *Rev. de Filología Española*, XXXIII, 1949, págs. 79-81). Recordemos, además, que en el siglo XVI, un defensor acérrimo del uso del portugués, aludo a António Ferreira que no escribió ni un solo verso en castellano, no tenía inconveniente en proclamar, en una carta a Pero de Andrade Caminha, que la lengua castellana «princesa / parece já de todas na arte e ditos!».

tiva camina tan despacio que parece no moverse; la multitud es densa y, a pesar de estar las calles entoldadas, el calor es agobiante. Sá anota, como un gacetillero:

era tanta la calma y el cansancio
de gentes que se estaban ahogando,
y es cosa cierta, clara y bien sabida,
que a dos personas les costó la vida.
(fol. 12 r.)

Los fidalgos se pavonean:

... mostrando al viento
garçotas ricas, martinetes bellos,
con piedras de valor assidas de ellos.
(fol. 11 v.)

Y mientras el Rey desfila ante los arcos —unos citados, otros olvidados—, el gentío se agita para verlo:

Qual por verle mejor busca el atajo,
qual en las puntas de sus pies estriva,
sobre bancos mugeres ciudadanas,
por no tener lugar en las ventanas.
(fol. 17 r.)

Matos de Sá termina su trabajo con el orgullo de haberlo hecho satisfactoriamente:

Sospecho que he cumplido bien con esto,
y dando alegre fin a mi jornada,
pretendo de dexar lo más que falta
a otra musa más subida y alta.
(fol. 24 r.)

La suya es más bien baja. Sin embargo, no le bastó su periodismo rimado, o quizá para hacer juego con el «Introito» se le ocurrió añadir una «Elegía a la partida de Su Magestad *super lamentatione Ieremiae Prophetæ*», en tercetos encadenados y marginada de citas del profeta, que es un ejemplo de servidumbre cortesana.

Todo expresa dolor por la ausencia del amado Felipe: muros postra-

dos, doncellas mesándose los cabellos, religiosos sin consuelo; por todas partes, pesadumbre y aflicción. Hasta Lisboa, personificada, gime en su desvalimiento:

¿Cómo tan sola y triste te has quedado,
cabeça del imperio y monarquía
del lusitano reino desdichado?

.....
La que del orbe todo fue señora,
y con justa razón serlo podía,
quasi viuda oy suspira y llora.

(fol. 25 r.)

¿Qué desdichas no acaecerán ahora «por no quedar en ti prendas reales»? Sólo hay un remedio a tanta congoja:

Mas, ¡ay!, qué digo yo, si sólo el cielo
es quien puede acudir a tantos males,
bolviéndonos el Rey para consuelo
de tus queridos hijos tan leales.

(fol. 26 r.)

Hay todavía otro «triumfo», obra de Gregorio de S. Martin²⁶. S. Martin es un tenaz moralista metido a cronista social. Desde el «Prólogo al Lector», a lo largo de los siete cantos y 933 octavas de su poema, insiste una y otra vez en condenar las rimas profanas, las novelas y otras fantásticas quimeras y «soñadas fantasías», lo cual no le impide echar mano del sueño premonitorio y de la aparición de un anciano, que resulta ser el Tiempo, y hasta de Apolo, que le augura fama perdurable. Todo lo que está en su «Tratado», así llama una vez al poema, son verdades y «curiosas y sentenciales rimas». Menosprecia las obras que le han precedido sobre el mismo tema y encarece la suya, pues «por servir a la patria y eternizar su nombre y los memorables hechos de sus naturales, trabajé por alcanzar todo lo que he podido...».

S. Martin es machacón, retórico y escaso poeta; sus descripciones y moralidades cansan y pocas veces asoma a ellas una nota de buena poesía. De Camões toma, en silencio, ideas y versos enteros²⁷ y saquea a La-

26. *El / Triunpho / más famoso / que hizo Lisboa a / la entrada del Rey Don Phelippe / Tercero d'España y Segundo / de Portugal*. Dirigido a los Ilustres Señores deste Reyno. / Compuesto por [...] [escudo de Portugal] / Con todas las licencias necesarias. / En Lisboa por Pedro Craesbeeck. Año 1624.6 h.s.n. + 158 fols.

27. Cfr., por ej., con *Os Lusadas*, I.3 y 1, «cesse quanto la antigua Musa canta / que otro valor más alto se levanta», II.125, y «Sus obedientes hijos descubriendo, / por mares jamás de otros navegados, / nuevos reinos...», IV.2.

vanha poniéndolo en rima²⁸. Altera el orden de la convención épica, comenzando con la dedicatoria al reino de Portugal, para seguir con la proposición, donde anuncia que no va a cantar fantásticas historias, ni amores impertinentes, ni las victorias de César. «que de mi patria sólo el valor canto./cuya demostración ha dado espanto». Invoca a la Virgen, se emociona con los héroes patrios y proclama que Dios

...quiso dar al reino lusitano,
en esta edad de todas más dorada,
un tan afable sabio Rey cristiano
de vida exemplar considerada.

(I.21)

Y como los otros poetas, abruma a Felipe con desmesurados adjetivos: magno, fuerte Atlante, César de los godos, claro sol, invencible, benigno, Alexandro. ¡Pobre Felipe-Atlante, hundido bajo esta carga de palabras huecas!

Alude S. Martín, ¡cómo no!, a las intrigas para impedir que el Rey viajase a Lisboa, ciudad merecedora de ser la corte de los reyes hispánicos. Por fortuna ya está aquí el Monarca, pues «fuera a Portugal hazelle agravio/siendo de los sus reynos el gigante».

S. Martín no presta ninguna atención al cortejo fluvial mencionado más arriba. Pero, en cambio, se debate perplejo en el trance de describir la entrada del Rey en Lisboa. ¿Qué hacer? El poeta asegura, y hay que creerle, que necesitaría «la gracia, elocuencia, estudio y mano» de Garcilaso, el vigor de Tasso y el arte de Camões. La descripción es penosa y con el error de confundir a la Princesa Isabel con la difunta Reina:

Venia el Alexandro más severo
vestido del color que tiene el lauro,
belligero, arrogante y plazerero,
que de los Alpes no ay al monte Tauro
otro mayor señor yo considero;
del tiempo que antiguo fue de mauro,
no gozó reyno del universal
tan sabio rey que tiene Portugal.

En el rico sombrero inestimable
un sintillo se vía de diamantes,
tan diáfano qualquiera y estimable,
que eclipsavan al sol rayos brillantes.
En el coche miré la Reyna afable
con tocados honestos y bolantes

28. Cfr. las octavas 8-17 del canto I con *Viaje*, fols. 35 r.-36 v.

y el bordado vestido del color
de su querido amado vencedor.

(II.136-137)

En los cantos III y IV se describen los arcos y artificios que adornan el trayecto del Rey a través de la ciudad. Alguien le explica a Felipe el significado del Arbol de los Reyes de Portugal, que a manera de retablo habían levantado los plateros en una de las calles. Coronando el Arbol está la estatua de Felipe II:

Por muerte deste Rey²⁹ y Sebastián,
siendo Phelippe legítimo heredero,
heredó a este reyno sin afán,
por ser en todo él muy verdadero:
el qual se ve de vulto allí galán
n' el remate del árbol que refiero,
a quien obedeció esta ciudad
y agora a vuestra Magestad.

(III.212)

En el canto V se relatan las fiestas ofrecidas al Rey: la representación en el colegio de la Compañía, fuegos, máscaras, toros y cañas, visitas a distintos lugares e indulto de presos.

Para dar cuenta de las Cortes celebradas en Lisboa, S. Martín reserva el canto VI. El poema debiera terminar aquí, pero las demoras en escribirlo o publicarlo —las primeras licencias son de junio de 1623—, dan lugar al añadido de un canto VII, «que trata de la muerte del Rey Don Phelippe Tercero de las Españas y Segundo de Portugal y de la coronación del Príncipe», hechos acaecidos en 1621.

En tono elegíaco comienza S. Martín este colofón funeral:

Salga mi ronca voz, el triste canto
demuestre con dolor gran sentimiento,
espárcase en el mundo todo el llanto
con un pezar crecido que presento:
el cielo, tierra, el mar aquí entretanto
suenan los ecos deste mi instrumento,
demuestre con el luto y dolor fuerte
una tan lamentable triste muerte.

(VII.1)

Las lamentaciones por la muerte de Felipe III y las meditaciones sobre

29. El cardenal D. Henrique.

lo efímero de hechos y cosas son elegía y sermón: todo es vanidad y todo conduce al desengaño. Hacia el final del canto, el poeta se dirige al nuevo y joven Rey, permitiéndose aconsejarle que huya de lisonjas y falsos consejeros y que haga la guerra contra los pueblos infieles, para terminar:

Y mira, gran Señor, de mi barquilla
su humildad en un mar tan engolfada,
ampárala de vientos, que es senzilla,
porque no puede ser desbaratada:
el sabio le tendrá por maravilla
a la margen llegar tan desseada
del ya seguro puerto, por memoria
desta tan verdadera y alta historia.

(VII.78)

Gregorio de S. Martín es también autor de un romance «a la entrada de Felippo tercero en Lisboa», recogido, con otras composiciones de predominio moral y religioso, en un libro publicado cuatro años después del anterior³⁰.

Como en el *Triumpho*, pero ahora con ritmo octosilabo y brevedad, S. Martín lanza sobre el lector una retahíla de nombre de la antigüedad clásica, referencias al valor portugués y a las conquistas ultramarinas, acumulación de piedras preciosas y otros tópicos barajados en el poema anterior.

El poeta saluda enfáticamente al Rey:

Seas, Señor, bien venido
a esta ciudad que postrada,
ella y su reyno obedece
y se arrodilla a tus plantas.
Tomara tener mil reynos
que su offerta apresentara,
que para tanto valor
aún muy corta quedara.

(fol. 109 v.)

Portugal le ofrece todas sus tierras y riquezas de Asia, Africa y Brasil; sus hombres, para combatir a turcos y moros:

30. *Todo / lo bueno / aplaze.* Dedicado al Illustríssimo / y Reverendíssimo Señor Don Alfonso Furtado de Mendonça / Arçobispo de Lisboa, del Consejo de / Estado de Su Magestad y Governador / destes Reynos de Portugal. [Escudo del arzobispo]. Compuesto por [...] / Con todas las licencias necessarias / En Lisboa. Por Pedro Craesbeeck. Año 1628. 6 h. s.n. + 131 fols.

Que sólo los portugueses,
quando gente te faltara
bastavan para te hazer
del mundo el mayor Monarca.

Recebe sus coraçones
y la lealtad lusitana,
que jamás n'ellos se halló
ninguna trayción ny se halla.

Buelve los ojos piadosos,
pues eres su amparo y guarda,
no desampares tu reyno,
cathólico Rey de España.

(fol. 110 r.)

De mejor calidad son los romances de Francisco Rodrigues Lobo. Este autor había publicado en Lisboa, en 1610, un extenso poema épico en octava rima, escrito en 1603 a la mayor gloria de la Casa de Braganza, cuyo fundador es el protagonista de esta farragosa crónica rimada: *O Condestabre de Portugal, D. Nuno Alvares Pereira*. Lobo lo dedicó al Duque D. Teodósio II, con el sospechoso fervor de quien recibía beneficios de la Casa ducal. Cierta crítica moderna ha destacado con énfasis la intención autonomista de este poema frente al dominio español. Sin embargo, no debe olvidarse que en el canto XIX, Lobo destaca con orgullo el entronque de la Casa de Braganza con la dinastía reinante entonces en España y Portugal, y que años después exaltó a Felipe III en otro libro en romance octosílabo, como quizá convenia a su carácter reporteril³¹. Contrasta con la opacidad cronística de *O Condestabre* este brillante, aunque no siempre aceptable, conjunto de 56 romances, género que Lobo había ensayado ya con éxito en un libro juvenil, donde mostraba ser entonces el mejor cultivador del Romancero Nuevo en Portugal³². En *La Jornada* cae con frecuencia en la rutinaria descripción del reportero; otras veces sorprende por su exuberancia verbal, cuando el léxico suntuario, las metáforas venidas de la tradición renacentista, las hipérboles y los mitos greco-latinos impregnan de cierto barroquismo algunos pasajes, aunque sin llegar todavía al pleno gongorismo que harán suyo poetas más jóvenes.

Lobo se propuso con esta obra, como los autores que ya hemos visto, dar cuenta de un acontecimiento considerado trascendental para su pa-

31. *La / Jornada / que la Magestade Cathólica del / Rey Don Phelippe III de las / Españas hizo a su Reyno de Portugal y el Triumpho y pompa con que le recibió / la insigne Ciudad de Lisboa / el año de 1619.* / Compuesta en varios romances / por [...] [Escudo de Portugal] / Em Lisboa. / Com licença da S. Inquisição, Ordinário e Paço. / Por Pedro Crasbeeck Impressor del Rey. An. 1623. 2 h. s.n. + 92 fols.

32. *Prymeira e Segunda Parte dos Romances*. Coimbra, 1596; excepto uno, todos en castellano.

tria y rendir panegírico homenaje al Rey que regía los destinos de Portugal e iba a solucionar todos sus problemas. Desde el exordio y dedicatoria al Monarca queda ya explícito el tono en que va a discurrir el resto de este romancero:

Venturoso rey Philippo
que en aquessa edad dorada
de vuestros felizes años
la d'oro bolvéis a Hespaña.

.....
Oyd los tiernos suspiros
de un reyno que tanto os ama,
de una nación tan ilustre,
tan insigne, fuerte y clara.

(fol. 1 r.-v.)

En el romance III se lamenta la ausencia del Rey:

Agraviado y descontento
se quexava ha muchos años
de la ausencia de su Rey
el buen reyno lusitano.

.....
Desseavan todos verle
y que dél fuessen mirados,
que el bien sin ser conocido
no puede ser bien amado.

(fols. 3 v.-4 r.)

Todo eran quejas, frustración, tristeza y espanto, «como adonde falta el sol/todo parecen nublados».

El anuncio del viaje del Rey, ya en Elvas³³, levanta los ánimos de los lisboetas:

33. Al referir el encuentro del Rey con el Duque de Braganza en aquella villa, Lobo aprovecha la ocasión para exaltar a su protector:

Aquel claro defensor
y columna de la patria,
primero después del Rey
en la tierra lusitana.

Ramo del tronco real
que tan de cerca le abraça,
que siendo una la rayz

Qual suele tras las tinieblas
parecer la bella Aurora,
que con rayos de oro y nácar
deshaze las negras sombras,
de colores de alegría
la tierra y cielo se adornan,
él con argentadas nubes,
ella con verdes alfombras.

Las perleras avesillas
con su música sonora
rompen el mudo silencio
de la noche oscura y ronca.

Descubren las tiernas plantas,
entre el mover de sus hojas,
sobre color de esmeraldas,
perlas de menudo alfójar.

Todo quanto estava triste,
sólo con ver que se assoma
la mensagera del sol,
se adorna, alegre y mejora.

(fol. 5 r.)

Los romances V al IX describen minuciosamente el itinerario del Rey hasta su llegada a Almada. La impaciencia y el deseo de ver a Felipe es tal entre los habitantes de Lisboa, que aún «antes que se assome Apolo/a los balcones de Oriente/y hiera con sus rayos de oro/las ondas de plata y nieve», ya cruzan el Tajo multitud de embarcaciones cargadas de curiosos: es tan denso este ir y venir de los barcos, dice hiperbólicamente Lobo, que ni siquiera las ninfas del Tajo pueden salir de su moradas submarinas a contemplar la orilla.

En medio de la monótona, aunque más brillante, repetición de lo que ya habían dicho otros turiferarios, Lobo desliza algún detalle pintoresco, como el Rey pescando en el Tajo, su visita a una nave llegada de la India, los azafates que la abadesa de Odivelas le envía colmados de guantes, bolsillos de ámbar, pastillas, aguas de olor y ricas confituras.

La comitiva marítima, camino de Lisboa, le permite mostrar una vez más su gusto por la acumulación de materiales suntuosos. La nave que conduce a los regios visitantes es una joya:

ya se han mesclado las ramas.

El Condestable famoso,
el gran Duque de Bragança,
sin segundo en el valor,
primero Duque de Hespaña.

(fol. 8 r.)

De évano y rico marfil
son las estancias de dentro,
con marchetes de martillo
de oro puro y fino argento.

El toldo de carmesí
y todos sus paramentos,
damasco, tela, brocado,
de que visten los remeros.

Dorada la proa y popa,
árbol, entenas y remos,
que dividiendo las aguas
engastan cristales bellos.

(fol. 26 v.)

El fantástico espectáculo fluvial parece un anticipo de las tramoyas que asombraron años después al público del Buen Retiro:

Se le ofrece al gran Felippo
Neptuno en un grande carro
que tiravan quatro focas,
que iva Proteo açotando.

Delante de un espadarte

.....
viene sentado Tritón
un gran caracol tocando,
coronado de mil conchas
y despojos de pescados.

Atrás siguen otros monstros
su señor acompañando,
a quien peces y mariscos
sirven de bravos cavallos.

Sobre una estraña ballena,
que con treinta pies de largo
se mueve sobre las olas
midiéndolas passo a passo,
echando por los oýdos
chorros del agua de Tajo,
que el ingenio de Toledo
no le haze subir más alto,
se muestra a un hombre marino,
cerúleo, escamoso y tardo,
con los limosos cabellos
verdes y los ojos blancos.

Tras éste, en una langosta,
cavalga otro más gallardo,
de los grandes del imperio
del espacioso oceano.

(fols. 28 v.-29 r.)

El Rey desembarca entre reverencias y aclamaciones. A partir de aquí, y a lo largo de 35 romances, comienza la fatigosa descripción de los arcos. Lobo no ahorra detalle y en algún caso, como en el del arco levantado por los mercaderes alemanes —«el más hermoso/rico, ilustre, altivo y grande»— utiliza nada menos que tres romances.

Se ha puesto el sol:

Ya la plateada luna
dentre pardas nuves sale
a mirar su cara hermosa
en los húmidos cristales

(fol. 84 r.)

El Rey, sin duda tan cansado como el lector, se retira a palacio, y mientras la ciudad arde en fiestas y luminarias, duerme. También Lobo decide adormecer su pluma: que otros cuenten las fiestas de días sucesivos, él va a cerrar su relación pidiéndole a Felipe III que no tarde en volver a Portugal, Señor, le dice, si escuchasteis mi canto, si os agradaron los arcos levantados en vuestro honor, mirad ahora cuánto esperan de Vuestra Magestad los lusitanos, que están dispuestos a levantarte nuevos arcos, no de oro fingido, sino de verdadero y puro:

Venid, Príncipe dichoso,
Monarca del Orbe Hispano,
a honrar la insigne Lisboa
y a engrandecer vuestro Tajo.

.....
No tardéis, Rey poderoso...

(fol. 92 v.)

desde aquí venceréis todos vuestros enemigos; aquí tendréis las riquezas que atesora el mar y la tierra produce y gozaréis de la larga y feliz vida que os concederá el cielo.

Ni el Rey ni Rodrigues Lobo llegaron a gozar de estos bienes: Felipe III moría el 31 de marzo de 1621 y nuestro poeta también en ese mismo año, sin ver impreso el que era su último libro.

He dejado para el final una comedia del allérez Jacinto Cordeiro³⁴, há-

34. *Comedia / De la en- / trada del / Rey en Portugal. / De [...] natural de / Lisboa. / Dirigida ao Illustríssimo e Reverendíssimo / Senhor Bispo D. Fernão Martins Mascarenhas Inquisidor geral de Portugal [grabado] / Impressa com as Licenças necessárias / Em Lisboa por Jorge Rodriguez. Anno / de 1621. / Vêndese na Rua nova aos Livreyros. 4 h. s. n. + 38 fols.*

bil seguidor de Lope de Vega y, sin duda, el más aventajado dramaturgo portugués del siglo XVII. De él se conservan quince comedias escritas en castellano, en general bien escritas y alguna bastante estimable; otras son mediocres o rozando lo malo, como ocurre con *la que nos interesa aquí*.

Si es verdad que Cordeiro nació en 1606, como dice Barbosa Machado, tendría 15 años al publicar este texto, acaso menos al escribirlo, lo cual parece dudoso. ¿Qué pretendió con él, además de sumarse al coro de los panegiristas filipinos? ¿Acaso aprovechar la ocasión que le ofrecía el viaje del Rey para darse a conocer con una comedia de circunstancias y proclamar, también él, las glorias lusas?

En el «Prologo ao leytor», única parte escrita en portugués, dice con arrogancia que publica esta obra «pela muyta vontade que tenho de eternizar grandezas de minha pátria, vendo que a fama as cala amedrentada de émulos que, envejosos de sua gória, com o chumbo vil de sua má vontade tápão o retumbante som de sua gloriosa trombeta».

En cualquier caso, Cordeiro se mueve entre la contribución al triunfo de Felipe III y un visceral anticastellanismo que no sé si mitigaron sus posteriores éxitos en los corrales de comedias madrileños³⁵.

La acción de esta comedia transcurre en Lisboa y comienza cuando el Rey se encuentra ya en Almada, a la espera de su entrada en aquella ciudad. Pero este acontecimiento es desbordado por una intriga amorosa tejida con los tópicos de la comedia al uso: amores encontrados, tapadas,

35. En efecto, Cordeiro parece haber sido un autor afortunado, al menos la mayor parte de sus comedias fueron representadas por famosos comediantes de su tiempo. *En cuanto a su anticastellanismo, en esta comedia se encuentran algunos pasajes sustanciosos.* Cuando en la jornada segunda un personaje describe el Arbol de los Reyes de Portugal, al llegar a João I, el novel autor se atreve a mencionar el nombre de Aljubarrota, que los otros poetas eluden:

éste el Maestre de Avis es
que con Nuño Alvares hizo
hazañas de más valor
que rey jamás nunca hizo;
éste es aquel que con pocos
portugueses escogidos
vio de Aljubarrota el campo
atropellando castillos...

(fol. 17 v.)

En otro pasaje, un portugués, extasiado ante el alarde que despliega Lisboa para recibir al Rey, pregunta: «¿En Castilla qué hay que ver / o en que ciudad de España / se hiziera aquesta grandeza / que contemplo aquí en mi patria?» (fol. 4 r.). Y en otro lugar, también un portugués, ofendido porque un español ha intentado abrazar a su hermana, afirma con orgullo: En Portugal «no tratan essa baxeza / que allá llaneza llamáis» (fol. 37 v.)

confusiones, dama travestida y problema de honor. Así, *La entrada del Rey en Portugal* resulta un producto híbrido de comedia noticiera y comedia de enredo, abundante en el teatro español del siglo XVII.

De la presencia del Rey en Portugal tratan, ya en la primera jornada, dos caballeros portugueses que hablan de los preparativos de Lisboa y de la alegría del pueblo. Todo, vienen a decir, es obra del amor portugués,

que puede mucho en las almas;
 todo esto es gusto de ver
 que está poseyendo Almada
 el gusto mayor del mundo
 teniendo en sí tal Monarca.
 ¡Ó dichoso y siempre augusto
 tercer Filipe de España,
 que tras ser señor del mundo
 eres señor de las almas.

(fol. 3 r.)

Cambia la escena a Almada, para dar lugar a la intervención del Rey y del Duque de Uceda. Desde un balcón de su residencia, contemplan las luminarias de Lisboa. Brillan las aguas del Tajo:

Rey. Arenas de oro parece
 que echa con gusto a la orilla.

Duq.No es, gran señor, maravilla,
 pues a tal Rey las offrece,
 y a quien tanto las merece,
 ¡qué haze el Tajo en ofrecerlas,
 si sus ondas se hazen perlas
 sólo a intento de mostrar
 que las hurtó de la mar
 para que podáis cogerlas?

(fo. 6 v.)

En la segunda jornada, siempre a vueltas con sus problemas sentimentales, se reúnen en una casa los personajes de la comedia, para presenciar desde un balcón la entrada del Rey en Lisboa. A fin de entretener el tiempo mientras esto no sucede, y para hacer llegar al hipotético espectador la grandeza de los arcos, deciden celebrar una competición consistente en describir cada uno un arco y premiar al que mejor lo haga. La escena parece trasunto de una de aquellas novelitas tan divulgadas en la época. Destaco, por lo que interesa a nuestro tema, lo que dice de Felipe II el perso-

naje que describe el árbol genealógico de los reyes de Portugal, coronado, como ya queda dicho, por la estatua de aquel Rey:

y por cimera, el temido
Felipo segundo y gloria
de nuestros dichosos siglos,
el prudente, el liberal,
el de ingenio tan divino,
que de Solón acá
otro ygal nunca se ha visto,
el que en San Quintín se vio,
de azero marcial vestido,
victorioso, a cuya gloria
hizo a Laurençio divino
aquel templo en quien se ve
poder y saber escrito

(fol. 18 v.)

Ha comenzado a pasar el cortejo real. Todos los personajes «van subiendo arriba a los miradores». Safiro, un español ignorante de las cosas portuguesas, pregunta quiénes son los nobles que desfilan. Cordeiro cede al portugués Pinardo la nómina entusiástica de éstos y a Safiro el elogio de Felipe III.

El episodio histórico queda olvidado en la jornada tercera, donde asistimos sólo a encuentros y desencuentros amorosos, a un duelo frustrado y a un desenlace feliz, con premio y castigo para buenos y malos. Así «se acaban/los triumphos de Portugal/y el dichoso en las desdichas».

Texto final

Preocupado, según se dice, por los problemas de Bohemia —el levantamiento de Federico del Palatinado contra Fernando I, recién aclamado Emperador de Alemania—, Felipe III apresura su regreso a España, abandonando a Lisboa el 29 de septiembre. Sin embargo, sorprende ver que, en lugar de dirigirse rápidamente a España, se demora todavía en Portugal hasta el 23 de octubre, en que entra en Badajoz. ¿Que hace el Rey durante este tiempo? Primeramente, practicar su deporte favorito, cazando durante varios días en la Sierra de la Arrábida. Después, en vez de regresar a España por el camino más directo, el que había seguido a su entrada, embarca en Coína, remonta el Tajo hasta Salvaterra de Magos, caza de nuevo en Almeirim, visita Santarém y de aquí, por Golegã, llega a Tomar, donde asiste a un capítulo de la Orden de Cristo. Después, pasa el Tajo en Tancos y por Ponte de Sor, Alter do Chão, Arronches y Campo Maior, lle-

ga a Badajoz en la fecha arriba indicada. ¿Quiso Felipe repetir el mismo itinerario que siguió su padre al entrar en Portugal en 1581?

El viaje había terminado. Los gastos hechos por aquel reino fueron enormes³⁶. ¿Había valido la pena? Los acontecimientos posteriores demostraron que no. Y los testimonios escritos coinciden en considerarlo un fracaso. En el *Memorial* del maldiciente Pero Roiz Soares se lee: «ategora as podem estar esperando [las mercedes prometidas], que por esquisimento se foy elRey deste reino sem se fazer merced a algum, ficando como parvos, não porque elRey o dexaria de fazer que he hum santo, mas os menistros engolfados em outras matérias, esqueçolhe...» (edi. cit. pág. 426). Y el Marqués Virgilio Malvezzi anota: «Partióse el Rey de Portugal, llamado de los tumultos de Alemania. Dexó aquellos pueblos —hasta entonces engañados con la apariencia de la expectación— desengañados con la cercanía de la Magestad, disgustados por la cortedad de las mercedes y con el privado; mal contentos del gobierno»³⁷.

Finalmente, el desolado comentario de Matías de Novoa, quien dice que, a pesar de la buena voluntad del Rey y de todas sus mercedes y justicias, «no los dejó contentos; tan dificultosa cosa es, como dije al principio desta jornada, ir un Rey a visitar sus reinos, y tanto peligro tiene el salir bien desta acción, pues habiéndose desentrañado en sus particulares propios, honrándolos y hécholes innumerables mercedes, les pareció que esperaban más y que había sido muy corta su posesión»³⁸.

Quedaba algo más de aquel viaje; no el efímero esplendor del cortejo fluvial, ni las mascaradas y fuegos, ni los ostentosos arcos triunfales, pero sí el magnífico libro de João Baptista Lavanha y un conjunto de ofrendas poéticas que, a pesar de mediocres, no dejan de constituir un interesante testimonio de aquel acontecimiento histórico y de su época.

36. «Para esta jornada, Portugal sirvió a Su Magestad con setecientos mil ducados; de los quales dio Lisboa la mayor parte», Lavanha, *loc.cit.*, fol. 76 r.

37. *Memorias para la historia de Don Felipe III, Rey de España*. Recogidas por Don Juan Yáñez, Madrid, 1723, pág. 37.

38. *Loc. cit.*, pág. 239.